

CONDUCTAS ANTISOCIALES Y TELEVISIÓN: REPRESENTACIONES DEL MENOR

Leopoldo Seijas Candelas*

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar, de un modo teórico, si los contenidos televisivos que son considerados violentos pueden repercutir en los niños y los adolescentes. Partimos de la base de que la reflexión que desarrollamos se realiza con una muestra de niños para poder constatar cuando nace la agresividad y sobre todo analizar si los contenidos violentos en los medios de comunicación pueden engendrar esa agresividad. Un factor tan discutido como polémico siempre que se analiza el problema de la violencia en los medios de comunicación es el efecto de “imitación” y las consecuencias que puede tener tanto en el niño como en el adolescente. Pretendemos llegar a una conclusión: si, como consecuencia de esa agresividad, pueden dar origen a actos delictivos.

PALABRAS CLAVE

Televisivos, violentos, niños, adolescentes, medios de comunicación, agresividad, imitación, delito.

ABSTRACT

The aim of this work is to analyse in a theories way, if the television contents, which are considered violent, can have repercussions on children and people. We assume that the reflections we explain, is made with a sample of children, to be able to verify when the aggression is born, and over all to analyse the violent contents in the media can cause aggressiveness. A discussed and polemic factor, always that we analyse the problem of the violence in the media in the “imitating” effect and the consequences that it can have for children and young people.

KEY WORDS

Television contents, violence, children, young people, media, aggressiveness, imitation, crime

INTRODUCCIÓN

Para hablar de la violencia en televisión, hay que precisar dos cosas, la primera consiste en llamar la atención sobre la búsqueda de respuestas excesivamente simplificadas. La televisión es un excelente chivo expiatorio de los errores y del malestar social, y como chivo expiatorio, absuelve a cada uno de su

* Profesor de la Universidad San Pablo-CEU de Madrid

participación o de su responsabilidad en los problemas sociales. Pero antes de la televisión, hubo otras víctimas propiciatorias; por ejemplo, y respecto a la violencia, los *comics*. Lo que ahora se dice de la televisión, se dijo antes de la violencia en los tebeos, o de las novelas baratas (policíacas, del Oeste, etc).

El segundo punto tiene que ver también, en cierto modo, con la excesiva simplificación: se trata de saber qué es la violencia. Parece algo definido, pero, en realidad, nada hay inherentemente violento en un acto, hasta que la sociedad lo cataloga como tal. Y así, cosas que se consideran violentas cuando las realiza un grupo, se califican como “uso legítimo de la fuerza”, si las lleva a cabo otro grupo distinto. La historia nos dice que hay “buena” violencia y “mala” violencia. Y la gente que chilla contra la violencia no lo hace contra toda violencia, sino contra ciertos aspectos, contra la violencia que ellos consideran molesta para sus propios intereses.

Como universitarios y aplicando un cierto rigor científico, no podemos nunca dar un valor por sabido en un problema. Y de ahí las necesarias preguntas ¿Qué es la violencia?, ¿Qué personas son las que se preocupan acerca de la violencia? Y si se profundiza, se descubren cosas muy extrañas; por ejemplo, las personas que condenan la “violencia convencional” (la de las películas del Oeste) suelen ser personas bastantes violentas ellas mismas, expresan su opinión de forma agresiva, son personas que están a favor de la pena de muerte, o son racistas... Se trata de un fenómeno social muy interesante: protestan más quienes dan un enfoque punitivo a la vida, quienes son partidarios de la ley y orden, de la paz impuesta, de la disciplina en los colegios, de la pena capital... y esto es tan interesante como saber si alguien va a copiar comportamientos violentos que haya visto en televisión. En este sentido, se han hecho muchas investigaciones en Estados Unidos, en laboratorios artificiales, para buscar la correlación entre la violencia televisada y la vida real. Pero no hay que estimar convincentes estas investigaciones, pues no estudiaban los hechos de forma adecuada. Los estudios siempre se hicieron en situaciones irreales, experimentales, y como hemos dicho antes en laboratorios.

Hay que estudiar las personas violentas, porque nos interesa, no la violencia en televisión por sí misma, sino en la vida real. El centro de cualquier estudio sobre este tema debe ser las personas que se comportan violentamente. Es el problema real de la violencia. Y, generalmente, el comportamiento violento no cambia por ver televisión. Si centramos el estudio en las personas violentas, no vemos ninguna diferencia porque vean o no vean televisión en un primer momento.

Seguramente, parece que estemos dando la sensación de que justificamos una intención apresurada de absolver a la televisión de toda culpa. Nunca más lejos de la realidad, pues entendemos que la televisión puede contribuir a la violencia, pero no es el único culpable.

Es nuestra intención el analizar el proceso por el cual la televisión puede posiblemente, influir o llevar la violencia. Pero es preciso insistir en las correlaciones falsas que se han hecho entre televisión y violencia. Un ejemplo

instructivo es el que muestra, en las grandes ciudades, cómo el aumento de venta de televisores ha llevado consigo un incremento del índice de comportamiento violento de sus habitantes. Aunque si el estudio se hubiese hecho con la venta de lavadoras automáticas, también habría dado el mismo resultado: “las lavadoras automáticas son el origen de la violencia social”. Es más, la ciudad del mundo que registró mayor aumento del índice de comportamiento violento, en los últimos cuarenta años, fue Johannesburgo, y precisamente antes de que existiera televisión en esa ciudad.

Los caminos de la violencia hay que buscarlos también en otros lugares, en la sociedad y no solamente en la televisión. Porque ésta no es sino la víctima propiciatoria, para distraer del hecho que la violencia la producen los sistemas sociales y políticos que vivimos. Quizá la televisión produce aumento de violencia, por copiar pautas violentas, pero también otros agentes intervienen de una forma importante como puede ser la publicidad. No es nada genial afirmar que la violencia proviene de la frustración. Muchos psicólogos sociales lo creen así. Y hay muchas fuentes de frustración en nuestra sociedad. La publicidad constante a la que ya hemos hecho referencia, expuesta en la pantalla de televisión favorece o refuerza, esas frustraciones. Hace concebir esperanzas no realistas (lavadoras y televisores en color para todo el mundo), ofrece un premio que no se va a alcanzar, y produce cierto descontento (el propio publicista busca ese descontento, para impulsar a la acción de compra). Muchas personas jamás lograrán superar ese descontento, alcanzar ese premio, que en una sociedad como la nuestra se asimila rápidamente con el *status* social del individuo. Y sobreviene la lógica frustración. Esta es, al menos una hipótesis más seria que la de copiar el comportamiento del detective o *sheriff* de las películas de televisión.

Aún hay más, debido a los valores periodísticos que están vigentes en las sociedades occidentales, la violencia despierta una atención exagerada (sólo las malas noticias son noticias). Estos valores periodísticos se han desarrollado en nuestro tipo de sociedad, en que hay que vender espacio y ganar televidentes. Y dichos valores periodísticos implican este énfasis en los conflictos, respecto a los cuales no se facilita un contexto, ni hay una explicación anterior. Se produce así un flujo constante de situaciones negativas, aisladas en el tiempo, y se tiende a exagerar, por ello, la noción de la violencia en la sociedad. La imagen que dan los medios sobre el índice real, son muy diferentes. Los medios crean, pues, una panorámica distorsionada de la violencia en nuestra sociedad. No es sorprendente, por ello, si muchas personas, que sólo tienen la televisión como única fuente de información, se preocupan, ya que reciben una imagen falsa de la realidad. Los medios operan de forma que exacerban y exageran el conflicto: una huelga no se presenta en sus verdaderos términos, sino que lo interesante es ver los piquetes, la lucha en las calles...; no el problema real, del que no tienen ni idea la mayoría de los televidentes después de ver la noticia.

Existe actualmente, un gran interés, incluso preocupación sobre el papel que juegan los medios en nuestra sociedad. Se estudian los aspectos políticos, la forma en que se dan las noticias, su relación con la realidad, los prejuicios y estereotipos (raciales, religiosos, políticos, ...), que se supone crean conflictos a los destinatarios de los mensajes. Y se pierde de vista que quizá en el futuro no operemos sobre difusión de masas, sino de pequeñas minorías (en vez de *broadcasting*, *narrowcasting*), sobre todo después del desarrollo a gran escala de la televisión por cable.

La televisión no es simplemente un mecanismo electrónico, sino una institución sociopolítica. Y así, el interés y preocupación va desde las opiniones de moralistas, sobre nuestro bienestar y seguridad (se deben prohibir los programas que no nos convienen), hasta la manipulación política. Y lo mismo la sociedad que el Gobierno solicitan comisiones de investigación, y se gasta mucho tiempo y dinero para determinar el papel de los medios en la sociedad.

Sin embargo, no hay una política de comunicación, ni una política de investigación sobre comunicación. La política de comunicación es algo que se desconoce en todos los países. Podríamos definirla como “decisiones deliberadas para utilizar los medios en interés de la sociedad”. Pero la realidad es que hoy la investigación se hace tal como definen los intereses de las personas que tienen a su cargo los medios.

Se llevan a cabo, actualmente, tres tipos de investigación sobre medios de comunicación de masas: una primera forma es de tipo administrativo. La realiza la administración y dirección de los medios, y se ocupa de conocer las horas de mayor audiencia, el número de personas que ven un programa de televisión. Se puede decir que es una investigación que no ofrece dificultades pero no ofrece garantías en cuanto a los resultados.

La segunda clase de investigación tiene una orientación psicosociológica. Se dirige hacia la búsqueda de mayor eficacia en programas ya existentes, o a crear otros con determinados efectos. Podemos recordar un programa de TVE con una cierta polémica en su momento como fue *Sesame Street* (*Ábrete, Sésamo*) donde se perseguía unos efectos pedagógicos en una determinada audiencia infantil. Esta investigación es acrítica y no se ocupa de la naturaleza del medio.

Y, por último, la investigación que a nuestro juicio es la más exacta y de la que se pueden sacar consecuencias positivas, como es toda investigación sociológica y crítica; se ocupa de la naturaleza del medio y considera la posibilidad de desmontar toda la institución para remodelarla.

En este tema de la investigación sobre medios de comunicación de masas, existe una gran falta de teoría. Esto que ya ha sido denunciado desde hace años por investigadores especializados en temas de contenidos violentos, y que ha sido motivo de debate y discusión en numerosos foros. Es sorprendente que en estos momentos a las puertas del siglo XXI no se haya centrado la cuestión, al menos desde una perspectiva teórica. Y esto que estoy aquí afirmando ya se ha dicho en un

país como es EEUU, con un problema muy serio en cuanto a delincuencia juvenil, donde se “hace” investigación sobre comunicación de masas, pero no se “piensa”. “La estupidez acumulada estadísticamente se considera, muchas veces, como ciencia social”. Una buena estadística, realizada con profusión de medios, sobre un detalle sin interés, suele considerarse como un importante estudio.

La comunicación de masas es un proceso, un fenómeno social que tiene un principio, un desarrollo y un fin. Y, por tanto, se debe estudiar el principio, el medio y el final. “Mientras que en Estados Unidos se suele estudiar sólo el final del proceso: el efecto”.

El reto que hoy enfrenta la investigación sobre comunicación de masas se puede resumir en una serie de cuestiones que los investigadores deben contestar:

- ¿La revolución técnica de los medios responde a una nueva concepción de éstos?

- ¿Sirven las actuales instituciones?

- ¿Cómo decidir en el problema de control público o privado de los medios?

Podríamos hacernos muchas más preguntas pero creo que estas tres, que hemos expuesto, son la clave para poder hablar o discutir sobre contenidos violentos y su representación en los mass media.

CONEXIÓN ENTRE LA VIOLENCIA EN TELEVISIÓN Y VIOLENCIA REAL.

Tal vez no guste mucho a algunos lo que voy a exponer, pero entiendo que por desgracia ya tenemos bastantes datos fidedignos que nos permiten constatar esta relación entre la violencia real y la violencia televisiva. Y digo por desgracia, por dos razones fundamentales: la primera porque los sujetos activos, es decir los protagonistas, ya sean actores o receptores de la violencia por regla general son niños, lo que agudiza aún más el problema, y en segundo lugar porque desgraciadamente también los protagonistas suelen terminar en delincuentes.

La revolución de las telecomunicaciones en el siglo XX ha creado un nuevo entorno para nuestros jóvenes. En este entorno, la televisión, el vídeo, y las películas han adoptado un papel crucial a la hora de socializar el problema, y a su vez los padres han perdido influencia. Como ya hemos indicado antes, los medios de comunicación están teniendo un impacto enorme sobre los valores, creencias y conductas de los niños. Este problema se viene constatando por el amplio despegue de contenidos violentos sobre todo en programas de espectáculos.

Hay centenares de estudios donde se constata que exponer a los niños a una “dieta pesada” de violencia en los medios de comunicación los hace más propensos a las prácticas agresivas. Los mecanismos psicológicos envueltos en este proceso no constituyen hoy día ningún misterio; durante la infancia se aprende observando a los demás y los medios de comunicación constituyen una ventana muy atractiva por la que mirar.

Muchos niños no destacan por haber desarrollado una gran tolerancia ante la violencia que aprenden a partir de programas de TV, en ellos tampoco destacan demasiado las pautas de comportamiento agresivo que adquieren a partir de ciertos programas. Ante esta situación cabe se: ¿Son estos efectos pasajeros? La respuesta en estos momentos es tajante: No. El niño más agresivo acaba siendo el adulto más violento. El adulto, por regla general, suele ser más reactivo a seguir las pautas que la TV intenta imponer y se rebela ante esta situación. Pero el adulto violento, está afectado por lo que observó en su infancia.

Desgraciadamente el crecimiento simultáneo de la violencia real en la vida cotidiana, se ha visto reflejada en la televisión con anterioridad, y esta cuestión ,como ya hemos dicho antes, viene siendo estudiada en Estados Unidos desde hace más de treinta años, donde Congreso, Gobiernos, policías, profesores, investigadores, los grupos interesados en la sanidad, los grupos de padres, los profesionales de la salud mental y los creadores de violencia se han visto envueltos en una serie de estudios, comparecencias e informes. Me imagino que no será muy difícil descubrir las razones por las que en Estados Unidos existe una preocupación constante sobre este tema. Entre las causas más importantes que se han dado desde la segunda guerra mundial hasta nuestros días podemos resumirlas en dos:

Primera - El aumento dramático del tiempo de exposición de la juventud a los medios de comunicación audiovisual.

Segunda - El enorme incremento de la violencia juvenil desde finales de los años cuarenta.

Desde finales de la segunda guerra mundial hasta la actualidad, la tasa de homicidios en EEUU, se ha triplicado hasta nuestros días, solamente en los guetos de los barrios del centro de las ciudades y es 10 veces superior (100/100.000) y el porcentaje entre varones afroamericanos en los barrios del centro de las ciudades es 30 veces superior, es decir, 300/100.000 en el caso de varones entre los 18 y los 24 años. Y lo que es peor: la tasa de homicidios en el caso de jóvenes menores de 24 años ha aumentado un 50 por ciento en estos últimos diez años. Como las estadísticas son difíciles de entender, y para que se hagan una idea de la importancia de estos porcentajes, les diré que 300/100.000, significa que se espera que 3 de cada 1000 varones entre los 18 y 24 años (que viven en guetos urbanos) sean asesinados cada año. Significa que 3 de cada 100 muchachos de estas características serán asesinados antes de cumplir los 25 años. Esto hace que el asesinato sea, junto con el accidente automovilístico, la causa principal de mortandad entre estos jóvenes.

En el caso de los Estados Unidos, hay que decir que nada más terminar la segunda guerra mundial, la violencia juvenil inicia sus pasos, también comienza las primeras emisiones televisivas .Y conforme la violencia juvenil aumentaba, también el uso de la televisión se iba extendiendo hasta introducirse en 92 millones de hogares hacia 1992, es decir más del 98% de las casas. El número medio de aparatos de TV por casa es de 3.1 y la frecuencia per cápita es de más de 800

receptores por 1000 personas. En Europa estamos con 500 receptores por 1000 personas.

Pero la TV no ha sido el único elemento crucial en la vida de un niño durante los últimos 40 años. Además, se han producido una serie de cambios en mundo audiovisual que han intensificado la preocupación acerca de la influencia potencial de los medios de comunicación en los niños. Los jóvenes y los adolescentes han sido y serán siempre los primeros consumidores de películas, pero la cantidad y diversidad de su exposición a filmes ha aumentado drásticamente con la introducción del vídeo. La estrella de los años 80 ha sido sin duda el vídeo, que ha servido para meter el cine en casa. Un equipo de vídeo no sólo es un mecanismo a través del cual los niños pueden ver las películas más violentas: es a la vez un instrumento que merma la capacidad de control de la sociedad sobre el número de horas de exposición de los niños a los medios de comunicación que normalmente se realizaba gracias al establecimiento de unas horas para ver la televisión en familia.

¿Cuántas de estas películas y programas de TV contienen violencia explícita? Para dar una contestación a esta pregunta, sólo puede darse si se tiene una definición de “violencia”, como es difícil encontrar una que satisfaga a todos, normalmente solemos contestar que “mucha”. Por dar algún dato constatado en Estados Unidos, los investigadores afirman que alrededor de un 80% de los programas de televisión contienen algún tipo de violencia, con un porcentaje de 5,2 actos violentos por hora. El hecho de que la violencia en los medios y la violencia social crezcan simultáneamente, no es dato suficiente para creer que las dos estén relacionadas, pero existen indicios más que racionales para pensar que existe una relación causa-efecto. Es verdad que durante muchos años se ha escrito sobre esta relación y existe una bibliografía muy copiosa sobre este aspecto, y también durante muchos años se nos ha querido “vender” por parte de empresarios de medios de comunicación y de industrias dedicadas con los medios de comunicación audiovisuales, que no hay una investigación seria en este campo.

Hoy podemos afirmar que la realidad es muy distinta. Desde hace 20 años aproximadamente existe un acuerdo entre la mayoría de los investigadores dedicados a este asunto de la violencia en televisión, y precisamente donde no hay ninguna duda es que la violencia en los medios de comunicación está enseñando a nuestros niños a comportarse de forma más violenta.

Esto no significa que la violencia en los medios de comunicación sea la única causa del aumento, como ya hemos apuntado anteriormente, de la violencia social. A nuestro juicio existen otras causas como puede ser el ambiente familiar, que destacamos porque en todas nuestras investigaciones hemos podido comprobar como este segmento es común en cualquier clase de acto antisocial. Lo que sucede es que también los medios de comunicación reflejan siempre en alguna medida la vida misma. Lo que es indiscutible es que el aumento de la violencia en los medios de comunicación se ha añadido al aumento de la violencia en la sociedad.

CONCEPTO DE AGRESIÓN Y VIOLENCIA EN MEDIOS DE COMUNICACIÓN.

Antes de seguir, entendemos que es importante definir con claridad dos términos: “violencia en los medios de comunicación” y “comportamiento agresivo”. Por regla general es muy fácil ver cómo se identifican los dos términos con el mismo significado, es decir se utiliza la palabra “violencia” y “agresividad” como si fueran lo mismo.

La violencia en la televisión es la representación visual de un acto de agresión física de un ser humano contra otro. Nos referimos únicamente a actos agresivos de tipo físico, representados visualmente. En este contexto hay que aclarar que los dibujos animados tienen caracteres como si fueran humanos, y por lo tanto entendemos que tienen cabida en esta definición. Hay que tener presente que en muchas ocasiones cuando hablamos de violencia no nos estamos refiriendo necesariamente a lo más desagradable, gráfico o sangriento. Se trata más bien, de la violencia que enseña al espectador a ser más violento.

Por comportamiento agresivo entendemos a un acto que tiende a lesionar o molestar a otra persona. Puede ser de tipo físico o no.

LAS CAUSAS DE LA AGRESIÓN.

Se pueden extraer cuatro conclusiones claras sobre el comportamiento agresivo humano: en primer lugar, el comportamiento agresivo habitual aparece pronto en la vida del niño; en segundo, el factor que nos permite predecir mejor el comportamiento agresivo o violento es la existencia de un comportamiento agresivo o violento previo; en tercer lugar, el comportamiento agresivo severo es, frecuentemente, producto de causas múltiples. En cuarto lugar, la agresión habitual es en gran medida un “comportamiento aprendido”.

Hemos hablado hace un momento de niños, pero ¿Cuándo podemos constatar que aparecen las causas de agresión? Hoy podemos decir que hay estudios muy avanzados en este aspecto y hay científicos que afirman que antes de los 2 años ya aparecen diferencias individuales en el comportamiento social relacionado con la agresión (se limita a ser temperamental, por ejemplo). Antes de los 6 años, ya hay una serie de niños que han adoptado patrones agresivos de comportamiento en sus interacciones con otros. El comportamiento agresivo tiende a aumentar en la adolescencia. Hacia los 8 años, los niños son más o menos agresivos en diversas situaciones; la agresión llega a ser una característica relativamente estable del individuo, de tal forma que si alguien es agresivo de joven se puede predecir que será agresivo de adulto. La estabilidad estadística del comportamiento agresivo desde los 8 años a los 30 se aproxima a un tanto por ciento bastante alto (en estos

momentos a más de un 50%), por lo que podemos afirmar que “el niño más agresivo se convierte en el adulto más agresivo”.

Con todo lo expuesto, hemos querido dejar de una forma clara que el comportamiento agresivo y violento es, muy a menudo, producto de una serie de factores interactuantes: factores ambientales, genéticos, perinatales, culturales, fisiológicos y familiares. De hecho, parece probable que el comportamiento agresivo, severo y antisocial, sólo surge cuando convergen muchos factores de este tipo.

Dentro de esta trama de causas múltiples y de emergencia temprana de la agresividad, ¿existe algún proceso que parezca ser de la máxima importancia a la hora de dar cuenta de las diferencias individuales en la agresión? La respuesta es sí. El conjunto de la investigación sobre la agresividad humana realizada durante estos últimos 50 años sugiere que el comportamiento agresivo habitual en humanos jóvenes es, en gran medida, aprendido a partir de las interacciones del niño con el entorno. En la mayoría de los niños, la agresividad parece estar muy determinada por el grado en que el entorno refuerce su agresividad, les suministre modelos agresivos, los frustre y victimice.

LA VIOLENCIA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, ¿ENGENDRA AGRESIVIDAD?

Ya nos hemos referido anteriormente a la relación que existe entre violencia, y medios de comunicación. Llegados a este punto veamos cuál es la relación entre agresividad y medios de comunicación, para apoyar la conclusión de que la violencia en nuestros medios de comunicación y especialmente la televisión hace que nuestros niños sean más agresivos. Esta evidencia proviene de tres tipos de estudios que deben ser considerados a la vez, pues, cuando son atendidos de ese modo, la evidencia resulta abrumadora.

En primer lugar, durante el último cuarto de siglo un gran número de experimentos de laboratorio y de campo han demostrado una y otra vez que “la exposición de niños al comportamiento violento en el cine y la televisión aumenta la probabilidad de que actúen de forma agresiva inmediatamente después de la visión” (Geen, 1983, 1990; Geen y Thomas, 1986).

El experimento consistió en hacer dos grupos de niños seleccionados aleatoriamente: a uno se le ha proyectado un corto violento; al otro, un corto no violento. Luego, se ha observado cómo jugaban estos niños entre ellos o con objetos tales como las muñecas Bo-Bo. El resultado es siempre el mismo: los niños que han visto el corto violento se comportan de forma más violenta inmediatamente después de la proyección, con las personas. Este efecto se da entre todos los niños sin excepción: chicos y chicas. Estos efectos a corto plazo no se limitan a los niños: han sido observados también en adolescentes y adultos, en particular cuando las mediciones dependientes reflejan actitudes u opiniones más que conductas. En estos

estudios de laboratorio bien controlados no cabe duda alguna acerca del hecho de que es la observación de escenas de violencia por parte de los niños lo que provoca los cambios comportamentales.

Una serie de experimentos válidos han demostrado con toda claridad que el cine y la televisión violenta tienen asimismo, efectos sobre las respuestas fisiológicas que intermedian la agresión. Por ejemplo, Bushman y Geen (1990) demostraron que los vídeos violentos provocan pensamientos agresivos y tensión alta en los estudiantes de secundaria.

La cuestión que se nos plantea ahora es dilucidar si estos efectos causales, observados en el laboratorio, se pueden, o no, extrapolar al mundo real. ¿Tienen estos efectos verdadera importancia en el mundo? ¿Perduran? La violencia en los medios, ¿causa agresión en el mundo real? La respuesta a estas cuestiones es sí.

Prácticamente todo estudio con niños realizado a conciencia pone de manifiesto que los más agresivos ven más violencia en el cine y en la televisión. La lista de estudios es infinita y hay muchas reseñas al respecto (por ejemplo, Comstock, 1980,1991).

Por tanto, sabemos que la violencia en los medios de comunicación causa un comportamiento agresivo en niños a corto plazo y que los niños más agresivos en el mundo real son aquellos que ven más violencia en las pantallas. La única cuestión que queda ahora es si los niños expuestos a más violencia en los medios de comunicación visual acaban convirtiéndose en los adultos más agresivos al crecer.

Existen evidencias a favor de esta hipótesis. En primer lugar, como ya se ha dicho, el niño agresivo y violento tiende a ser el adulto más agresivo y violento, sin tener en cuenta cómo se inicie la agresividad. Lo que puede parecer simplemente un carácter travieso en algunos niños puede transformarse, al cabo de los años, en un comportamiento seriamente antisocial. En segundo lugar, estudios longitudinales ponen de manifiesto que exponerse durante la infancia a grandes cantidades de violencia en los medios de comunicación visual permite predecir que, de adulto, se desplegarán comportamientos agresivos. Sin entrar en detalles más técnicos llenos de estadísticas y que se salen de nuestro objetivo, podemos decir que la hipótesis más acertada es la que sugiere que “ver la televisión de pequeño induce agresividad más tarde”, y nos parece más acertada que afirmar que “la agresividad precoz induce una atracción mayor por la violencia televisiva”

Como se puede comprender, sobre un tema de máxima actualidad como es la violencia en televisión, se han derivado muchos debates, controversias, argumentos, etc. Por citar algunos de los experimentos más interesantes en este campo, podemos citar el de Eron en 1972 y vuelto a realizar en 1982. Ningún estudio es perfecto, pero los resultados han aguantado bien el paso del tiempo. Hay que tener presente, que la investigación de 1972 y la de 1982 se hicieron sobre las mismas personas, prácticamente cuando estas personas rondaban los 30 años de edad. Además de tests y entrevistas, se obtuvieron informes del departamento de justicia criminal y de tráfico del estado de Nueva York. Una vez analizados todos

los datos se llegó a la conclusión de que aquéllos que fueron delincuentes convictos de la muestra, el número y gravedad de los delitos cometidos estaban directamente relacionados con el índice de agresividad que habían manifestado de niños. De lo que se deduce, que los síntomas de agresividad infantiles son algo que permite predecir un comportamiento antisocial muchos años más tarde. Por lo tanto, no hay duda de que la visión de la violencia durante la infancia es precursora de la agresividad que se tendrá de adulto. La única cuestión que queda por dilucidar es saber si este efecto es tan grande que puede ser detectado de forma directa: si se puede determinar, o no, que ver violencia en los medios de comunicación en una fase temprana de la vida se relaciona con el comportamiento agresivo en la vida de adulto, sea cual sea el nivel de agresividad que se tenga de niño.

La respuesta es sí. No es un sí rotundo, pero puede demostrarse que existe tal correlación.

LOS PROCESOS DE IMITACIÓN Y SU RELACIÓN CON LA VIOLENCIA

Fue tan invisible como el castigador viento que fustiga sobre las yermas colinas escasamente pobladas de la reserva de Wind River, en Wyoming. Pero también fue muy real. Y pronto, su presencia resultó tan penetrante como el abrasador calor de agosto. Fuera lo que fuese este poder, esta violenta fuerza, se extendió rápidamente a través de la mente de un grupo de jóvenes como un virus fatal. Así iniciaba su crónica una reportera de la televisión local, para dar cuenta de una serie de sucesos que se habían producido en cadena.

En efecto, primero un joven de 19 años fue encontrado ahorcado en una celda de la cárcel. Cuatro días después un segundo chico murió, balanceándose de un árbol con los pantalones del chándal alrededor de su garganta. El lento y rítmico golpear de los tambores sonó a medida que féretro tras féretro eran sacados de la iglesia y llevados al cementerio. Esta escena se repitió con escalofriante regularidad a medida que los muchachos eran más jóvenes -colgados de cuerdas, de tiras de piel, de alambres y de prendas de ropa.

En menos de dos meses, nueve indígenas americanos en edades comprendidas entre los catorce y veintiséis años se suicidaron. Y más de veinte hombres y mujeres intentaron quitarse la vida.

En octubre, el viento se hizo helado y sopló a través de los dos millones de acres de tierra mala y descolorida, en los lindes de las tribus. Los ancianos Shoshone y Araphao se juntaron para intentar disipar la inexplicable fuerza que se movía entre ellos. Prepararon una antigua medicina, heredada de sus antepasados, para luchar contra la plaga de violencia que había infectado a sus jóvenes. La última vez que se llevó a cabo la ceremonia, en 1918, fue para ayudar a combatir una epidemia de gripe, "Nosotros no sabemos realmente lo que nos sucede, pero debe ser alguna clase de enfermedad".

La conexión entre violencia y enfermedad es algo más que una metáfora. Un número creciente de científicos creen que existe una similitud palpable entre ambos hechos. De la misma forma que ciertos parásitos y bacterias se multiplican rápidamente cuando las condiciones del medio ambiente son favorables para su crecimiento, la violencia parece que se reproduce en ciertas áreas geográficas. La idea de cometer un asesinato o la de suicidarse parece contagiosa. Se extiende a través de una comunidad como si se tratara de una infección, igual que los forenses diseccionan cuerpos humanos a fin de comprender las causas de una muerte física, los patólogos, ahora “hablan” con el muerto mediante una técnica llamada autopsia psicológica.

Los paralelismos entre violencia y enfermedad podrían alarmar, desconcertar e incluso asustar. Pero los científicos están decididos a descubrir la violencia, analizarla y, finalmente prevenirla, exactamente igual que se haría con cualquier otro tipo de infección mortal.

Hace unos años, William Foege, quien en tal época era director del Centro para el Control de Enfermedades (CCE) en Atlanta, formuló una sencilla pregunta: “¿Qué es lo que está matando a la gente?”. Ordenó que se efectuara un estudio para documentarse sobre los más serios problemas sanitarios en los Estados Unidos. Uno de los que encabezaba la lista -junto con el cáncer, las enfermedades del corazón, la diabetes y la apoplejía- era otra mortal afección de nuestra sociedad: la violencia. Ese informe contribuyó para la formación de la rama de Epidemiología de la Violencia. Hoy en día, en una sección bunkerizada y sin ventanas de la sede central del CCE, los investigadores están al corriente de los asesinatos, suicidios y violencia en la familia. Los miembros del equipo- un sociólogo, un criminalista, un médico antropólogo, un psiquiatra y un especialista en estadística entre otros- usan los mismos métodos científicos e instrumentos epidemiológicos que los que utilizan sus colaboradores para estudiar los brotes de enfermedades, que van desde el sarampión hasta el SIDA.

“Durante mucho tiempo, la gente ha pensado en la violencia como un problema sólo entre el criminal y la justicia”, indica Mark Rosenberg, jefe de la rama de violencia del CCE. “La gente no se da cuenta de que en este país el suicidio ocupa el octavo lugar en causas de muerte y los homicidios están en el puesto número once. Y entre los jóvenes de color, el homicidio es la primera causa de muertes. La violencia se ha convertido en una cuestión de salud pública, y eso pertenece al dominio del CCE.” Rosenberg afirma que la violencia como las infecciones puede ser contagiosa, y es lo que se denomina como el fenómeno “estallido”, porque algunos actos de violencia no están distribuidos al azar. David Phillips, sociólogo de la Universidad de California en San Diego, cree que ha descubierto una posible forma por la cual la violencia se puede transferir de una persona a otra. Existe una corriente transformadora, dice él, entre determinadas noticias y ciertos suicidios y asesinatos. En 1989 obtuvo el prestigioso premio de Socio-Psicología de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, al

publicar los resultados de seis años de estudios acerca del eslabón entre el medio y la violencia.

“Durante siglos la sociedad se había preocupado del papel que la imitación juega en las causas del despliegue de la violencia”, afirma Phillips. Puntualiza que en 1774 una serie de suicidios siguieron a la publicación de la primera novela de Goethe, *Las penas del joven Werther*. El protagonista, que se pega un tiro cuando se enamora de una prostituta, se convirtió en una forma de ser para determinados lectores europeos quienes, más tarde, se suicidaron. Asustados por el brote de suicidios en todo el continente, los gobiernos de Italia, Alemania, y Dinamarca prohibieron el libro.

Cerca de doscientos años después del suicidio de ficción de Werther, Phillips decidió comprobar la hipótesis de la imitación, estudiando actos de violencia actuales. ¿Conduce el acto de asesinato de una persona a cometer homicidios a otros individuos? ¿Induce un suicidio real a quitarles la vida a otras personas? Phillips estaba bien enterado de los experimentos científicos llevados a cabo en condiciones de laboratorio: voluntarios que vieron películas y programas de televisión violentos demostraron que se convertían en agresivos.

Pero los virus se comportan a veces de forma diferente en las pruebas de tubo de ensayo de cómo lo hacen en el cuerpo humano, y la gente actúa de manera diferente en el mundo real de cómo lo hace en el laboratorio. “Esta clase de trabajo es bastante diferente en la vida cotidiana”, afirma Phillips. Así pues, empezó a recopilar todas las historias de suicidios que habían aparecido en primera plana del *The New York Times* entre 1947 y 1968. En el mes siguiente a la aparición de un suicidio ampliamente publicado, Phillips encontró un promedio de 58.1 suicidios más por historia que los que normalmente tendrían que ocurrir para esos días. Y el incremento de suicidios fue proporcional a la cantidad de publicidad que recibió la historia. Por ejemplo, al mes siguiente de que Marilyn Monroe se quitara la vida se produjeron 197 suicidios más de los que cabría esperar normalmente (un significativo incremento del 12 por ciento). Phillips, llegó a preguntarse si quizás algunos accidentes de carretera corresponderían a suicidios encubiertos como accidentes.

“He encontrado que las muertes en accidentes de un solo coche aumentan significativamente después de la publicación de suicidios, especialmente en las zonas donde se ha realizado la publicidad”, afirma. Las estadísticas de accidentes de carretera en California mostraron un incremento medio de 9.1 por ciento en la semana posterior a la publicación de un suicidio. Curiosamente los conductores que murieron en accidentes de un solo coche fueron similares a las víctimas descritas en las historias del suicidio.

“Esto es lo que uno podría esperar si el conductor del coche se identificase con la persona que se suicidó, si existiera alguna clase de modelo común en esas muertes”. Phillips ha estudiado el “efecto” de las historias de suicidios en los accidentes de avionetas privadas, colisiones con múltiples coches, e incluso las

repercusiones de los suicidios en los seriales televisivos. Tales estadísticas también parecen corroborar su teoría de la imitación.

Seguidamente, Phillips halló una conexión entre la importancia dada a un asesinato en los medios de comunicación y un incremento en el número de asesinatos.

“Yo no podía usar las historias de asesinatos debido a que aparecían con demasiada frecuencia”, recalca “Sería virtualmente imposible separar el efecto de una historia del de la siguiente. Fue un frustrante periodo para mí. Dejé que la idea madurase por sí sola hasta que llegara un golpe de inspiración. Entonces, de repente, encontré el tipo de noticias que necesitaba, la clase de violencia que es gratificante, excitante, y considerada justificada por casi todo el mundo: los combates de boxeo por el título de los grandes pesos pesados”.

Phillips estudió los combates de boxeo que tuvieron lugar desde 1973 hasta del 1979. ¿Qué encontró? Después de las transmisiones, los homicidios se incrementaban por toda la nación en un promedio del 12.46 por ciento, contándose 11 homicidios adicionales por pelea. De nuevo el índice de asesinatos era proporcional a la publicidad dada a la pelea. El mayor incremento de muertes ocurrió después de los dos combates de Clay en 1975: el muy esperado Clay-Frazier, en Manila, y el Clay-Bugner. Al día siguiente del encuentro de Manila se contaron 108 personas asesinadas, “veintiséis más de lo que cabía esperar para ese día”. Phillips descubrió que las víctimas asesinadas justo después de los combates de boxeo, poseían rasgos físicos semejantes con el perdedor de la pelea.

Pero, ¿podía la retransmisión de un combate de boxeo, así como los suicidios, adelantar simplemente las muertes, que de otra forma hubieran ocurrido en fecha posterior? ¿Existen otros factores que pudieran explicar el incremento en el índice de asesinatos? “NO”, afirma Phillips. “La evidencia sugiere que el índice de muertes se incrementó debido al proceso de imitación. No se ha encontrado hasta el momento ninguna explicación alternativa que se ajuste a los datos”. Puntualiza que a un incremento de muertes violentas debería seguirle un descenso en el número de tales muertes en caso de que hubieran de producirse inevitablemente. Comprobó los índices de asesinatos durante las tres semanas siguientes a cada combate de boxeo y no encontró ningún descenso. Esto puede indicar que la oleada de muertes que siguen a las noticias acerca de un suicidio y de los combates de boxeo pudiera evitarse sin la influencia de esas historias.

Cuando las muertes violentas se “esparcen” tras la publicación de un suicidio o un combate de boxeo, casi siempre surgen tres días después de que la primera noticia apareciese. “Pudiera existir algún tipo de período de incubación, como ocurre en una enfermedad física”.

El trabajo de Phillips ha levantado controversias. Jim Mercy, sociólogo del CCE, reconoce que “es una nueva área de investigación, y no aparecen todavía respuestas sencillas”. Un crítico duro es James Baron, sociólogo de la Universidad de Stanford quien ha revisado cuidadosamente el estudio de Phillips. “Está lleno de

cosas extrañas”, afirma. Baron puntualiza que Phillips fracasó a la hora de filtrar todos los factores que pudiera conducir a fluctuaciones de los suicidios y asesinatos. “Por ejemplo, los combates de boxeo son programados a principio y a mediados de mes”, indica Baron, “debido a que son los días en que la mayoría de la gente cobra la paga. Son también los mismos días en que los homicidios tienden a incrementarse. No estoy diciendo que no exista un factor de contagio, pero esa afirmación no puede hacerse con los datos que Phillips ha analizado”. Baron miró en un período de siete años las muertes producidas por los oficiales de policía en el cumplimiento de su deber. “Encontramos que también se incrementaban tres días después de un combate de boxeo. Uno podría argumentar que si la policía estuvo viendo esos combates, salieron y fueron a matar a la gente. Esto es ridículo. El modelo que Phillips usó es simplemente malo”.

Rosenberg admite que cuando CCE decidió acoger a la violencia bajo su análisis médico y la consideró una plaga contagiosa, se encontró con mucho escepticismo. ¿Por qué habían entrado los epidemiólogos en un dominio tradicionalmente de sociólogos y especialistas en comportamiento humano? Las variables de la violencia enterradas en un complicado entramado social, son bastantes difíciles de distinguir y explicar en términos sociológicos. No existe ningún agente viral o bacteriano que se llame “violencia”. Muchos ven la violencia como una inalterable parte de la condición humana, un legado tan viejo como el asesinato de Abel por Caín.

De cualquier modo, el equipo del CCE, y otros investigadores, están convencidos de que la violencia no es una fuerza inevitable o una desagradable realidad de la vida moderna. Han reunido laboriosamente las piezas de las estadísticas, recogidas durante décadas de los informes judiciales, y los han comparado con estudios demográficos. Han buscado en grandes cantidades de listados de ordenador esperando encontrar respuestas que expliquen las matanzas, los quiénes, dónde, cómo y por qué de la violencia.

Los investigadores han apreciado otras similitudes entre violencia y enfermedad. Exactamente igual que ciertas enfermedades son endémicas en unas concretas regiones -la malaria en los trópicos, por ejemplo- determinadas clases de violencia parecen concentrarse en específicas áreas geográficas. El CCE, después de rastrear los índices de asesinatos a través de EEUU, comprendieron que existía un “cinturón del homicidio” en el Sur. “Las tasas de homicidios han sido siempre un poco más altas en el Sur”, dice Jim Mercy. “Existe otra teoría acerca de la subcultura de la violencia, la gente del Sur se ha criado en la idea de que ciertas clases de violencia son aceptables.” Mercy puntualiza que es, inexplicablemente, menos probable que se quite la vida la gente de New Jersey que la gente que vive en cualquier otro punto de los Estados Unidos. Por otro lado, nevada presenta el índice más alto de suicidios de la nación. ¿Por qué? “¿Es acaso debido a que hay una diferencia en los servicios sociales ofrecidos al ciudadano en dichos Estados?”, se pregunta Mercy. “¿Está ligado a las diferencias en constitución racial o étnica de la

población? ¿O esas estadísticas están falseadas debido a que se basan en diferentes formas en el muestreo? Esas son las cuestiones que intentamos responder”.

Hoy en día, pensamos que el estímulo ambiental, tal como un cambio de estación, puede incrementar el comportamiento agresivo de los primates. En un estudio de 1983, en la Universidad de Ermoy, el psicólogo Doris Zumppe informó del ritmo por estaciones de las violaciones y los asaltos. La violencia se incrementa con la temperatura en los meses veraniegos. Otros rechazan el argumento de que la violencia sexual alcanza su máxima cota con el tiempo cálido, simplemente porque hay más gente fuera de casa, aumentando las oportunidades para la violencia. En un estudio realizado se supo que los ataques a mujeres en su casa son más frecuentes cuando las temperaturas aumentan. Los investigadores piensan que existe algún mecanismo neuroendocrino activado por las altas temperaturas.

Otros dos psicólogos, James Rotton de la Universidad Internacional de Florida y James Frey de la Escuela de Medicina de la Universidad Estatal de Wright, estudiaron los efectos de la polución del medio ambiente y del tiempo en los crímenes violentos en Dayton, Ohio. Propusieron que “las altas temperaturas y flojos vientos preceden a los episodios violentos, los cuales ocurren más frecuentemente en días secos que en días húmedos”. Pero al final tampoco dieron con una solución feliz que pudiera atajar el problema.

EL CASO DE ESPAÑA

En España, el problema de la delincuencia y la influencia de los medios de comunicación, especialmente la televisión, ha estado abandonado durante muchos años. Cuando países como Estados Unidos y en Europa, Alemania e Inglaterra, daban la voz de alarma sobre un fenómeno que se tenían sospechas que pudiera existir una conexión, en nuestro país se formó una verdadera guardia pretoriana en defensa de los contenidos televisivos y negando a ultranza que los contenidos violentos televisivos pudieran afectar a los menores y adolescentes. Estamos hablando de los primeros años de la década de los 70. Téngase presente que estamos, en esta época con el monopolio televisivo, por lo que no se puede hablar de “guerras audiovisuales”.

Y tuvo que ser el cine, el primero que siendo conscientes de lo que se nos avecinaba, pero sin tener una idea muy clara de lo que se quería transmitir se lanzó a tratar la problemática de la adolescencia y sus procesos de imitación.

La película de Carlos Saura *Deprisa, deprisa* puso sobre el tapete la situación de unos jóvenes que se encuentran al margen de las normas y comportamientos de nuestra sociedad y que sufren también rechazo y la explotación de ésta. Por si no fuera suficiente el verismo de sus imágenes (utilizó como protagonistas a muchachos marginales con antecedentes), la detención subsiguiente a un atraco de uno de sus protagonistas, ocurrida pocos días antes del estreno, hace patente lo que se empezaba a sospechar y que precisamente Carlos Saura quería

anunciar y denunciar: que la realidad sobrepasa la ficción, que la realidad es mucho más agria y contundente que estas historias servidas por el cine, aunque sea de la mano experta y sugeridora de Saura.

La violencia seguía aflorando por nuestro entorno de una manera más brutal cada día. No tan solo lo que se presenta de forma cruenta y está castigada por las leyes, sino también la que constituye un impulso de la persona y que denominamos agresividad, como ya hemos indicado.

Frente a este intento de película denuncia que Saura plasmó en imágenes, otro director de cine, y que por aquél entonces daba sus primeros pasos en este arte, José Antonio de La Loma, recoge en una trilogía toda la problemática de la delincuencia juvenil bajo un nombre común: *Perros callejeros*. De La Loma fue muy criticado en su momento por almacenar tantas escenas de violencia en sus cintas. “Yo no reflejaba hechos reales -decía-. No tengo la culpa si la vida es así. La serie contribuyó, en su momento, a poner en evidencia un problema que todo el mundo conocía, pero que se prefería ocultar. Y constituyó un revulsivo que ayudó a la reflexión colectiva, sobre todo, de aquellos que debían buscar una solución. No podemos pensar en que los jóvenes se miran en el espejo de los mayores y muchos de estos tienen un verdadero desprecio de la vida humana, cometen auténticos crímenes. De esta manera difícilmente nos podemos permitir juzgar a los que con menos cultura y con menos medios han optado por el camino rechazable de la delincuencia. Muchas veces se me ha dicho que enseñaba comportamientos negativos en mis películas, pero yo podría decir lo contrario que enseñé a los espectadores a que se protejan. La táctica del avestruz nunca me ha parecido la más adecuada. A pesar de todos los peligros que el tema trae consigo, me parece mejor retratarlo con toda su crudeza para que de esta manera pueda ser corregido”.

Que duda cabe, que de La Loma, intenta justificar de una forma fácil su actitud y tratamiento de los contenidos violentos y como se pueden reflejar en los adolescentes, y lo hace conscientemente, porque desde su perspectiva no puede o no quiere abordar una cuestión, que a mi juicio es el eje central del tema que estamos tratando: la industria de las productoras, y me da lo mismo que sean de cine o de televisión. Es una industria que se consolida con una rapidez insólita. Al calor de la feroz competencia por la audiencia crecen y se consolidan sobre todo las productoras de televisión que manejan en conjunto, más de 20.000 millones de pesetas anuales, sobre un total de 50.000 que invierten las cadenas. Algunas se han fusionado, otras han creado nuevas sociedades o formado alianzas con empresas internacionales. Pero la realidad es que producen 7.721 horas de televisión al año a través de 127 programas diferentes. Son productoras de televisión independientes, cuyo negocio depende de la audiencia y del libre albedrío de los directivos de las cadenas, por lo que es difícil plantearse un plan de negocios.

Por eso, las productoras no tienen más remedio que utilizar los contenidos violentos porque son los que más atrae al niño o al adolescente. Hoy, existe una violencia “embellecida y depurada” en televisión, que hace atractiva su visión e

invita a imitarla, porque además va adornada de la magia del consumismo. Y esto sucede en las películas y en los dibujos animados, donde si me apuran es todavía más peligroso.

El Consejo Audiovisual de Cataluña, denunció que el año pasado las cadenas de televisión concentraban las imágenes con más violencia entre las 17,00 horas y las 19,00 horas, justo en el momento en el que más niños se sientan delante del televisor.

En el registro de peleas, asesinatos y suicidios se han tenido en cuenta las obras de ficción, incluidos los dibujos animados. De Estados Unidos provienen la mayor cantidad de los asesinatos y los golpes, concretamente un 84%. También de la “meca” de la televisión llegaron, en esa semana, las 10 películas más violentas. De un total de 120 homicidios, 110 fueron ideados por guionistas de ese país.

Piensen por un momento que quién le iba a decir al guionista y diseñador de los dibujos animados *Pocket Monsters*, que iban a llevar sus secuencias a más de 700 niños japoneses al hospital, a mediados de diciembre de año pasado, con síntomas de ardor, náuseas, espasmos y ataques de epilepsia. Al parecer las crisis venían cuando el héroe de la serie de dibujos animados, Pikachu, comenzó a librar una batalla en la que recibía golpes eléctricos, representados por destellos de color rojo y azul. La secuencia de efecto estroboscópico, transmitida por la cadena de televisión TV Tokio que alternaba potentes luces rojas y azules, proyectó 54 planos en cinco segundos.

No quisiera terminar este corolario de imágenes violentas sin recordar la polémica que se originó en Gran Bretaña por la muerte de un niño de dos años a manos de dos niños de 10 años. Por primera vez, la televisión era la culpable de incitar al crimen, como consecuencia de la “ración diaria” de violencia que los niños y jóvenes son alimentados.

En estos días, estamos asistiendo a espeluznantes noticias que vienen de EEUU, donde niños de corta edad, se han dedicado a disparar con armas de gran calibre sobre sus compañeros de colegio, produciendo la muerte a varias de ellos y sus profesores.

¿HAY SOLUCIONES?

Es lo primero que uno se pregunta ante semejante panorama. Y todos coinciden en afirmar que es muy poco lo que se puede hacer a nivel individual, aunque debe intentarse para descargar el peso sobre la eliminación de las condiciones que nos hacen actuar así.

Es un problema de fondo, porque no responde a un tratamiento individualizado. Es necesario cambiar las estructuras y los condicionamientos sociales, y aunque siempre habrá gente frustrada y agresiva, no a un nivel tan general y de manera tan destructiva. En cuanto a la violencia de los delincuentes hay que tener en cuenta que existen los individuos sociales, que han creado su

propio mundo y sus propias leyes y que son perfectamente recuperables por la sociedad; existen también otros individuos de carácter antisocial que son verdaderamente peligrosos porque no respetan ningún código y difícilmente pueden integrarse en el conjunto.

Se impone también una reflexión social; un país que pretende atender a sus menores tendría que preocuparse de analizar su comportamiento con los niños. Habría que hacer una revisión seria sobre si les proporcionamos la escuela que están necesitando, si les aportamos el ocio que ellos demandan, si les damos el espacio vital que necesitan para su desarrollo. Si no lo hacemos, estamos creando violencia y agresión. Y lo que es aún más grave, les estamos familiarizando con ella.

BIBLIOGRAFÍA

- BANDURA, A. (1978): *Modificación de conducta: análisis de la agresión y la delincuencia*, Méjico, Trillas
- BELSON, W. A. (1978): *Television violence and the adolescent boy*, Great Britain, Saxon House.
- BRYANT, J. y ZILLMANN, D. (1994): *Media effects: Advances in theory and research*, New Jersey, Lawrence Erlbaum Associates.
- CLEMENTE, M. y VIDAL, M. A. (1994): “La Violencia simbólica: La televisión como medio generador de delincuencia en los niños”, en *Apuntes de Psicología*, pp. 41-42,47-60.
- CURRAN, J. y GUREVITCH, M. (1997): *Mass Media and Society*, London, Routledge.
- DURKIN, K. (1985): *Television, sex and children: A developmental social psychology account*, Philadelphia, Open University Press.
- ECHEBURUA, E. (1994): *Personalidades violentas*, Madrid, Pirámide.
- GUNTER, B. y McALLER, J.L. (1990): *Children and television: the on eyed monster*, London, Routledge.
- ZILLMANN, D. BRYANT, J. y HUSTON, A.C. (eds.) (1994): *Media children, and the family: Social scientific, psychodynamic and clinical perspectives*, New Jersey, Lawrence Erlbaum Associates.